

cristal en que se las recoge: esas peñas son la cuna del Tordera; esas aguas son las que arrastrando tras sí riachuelos y torrentes corren luégo muy crecidas entre las floridas riberas de Palau y San Esteban y las frondosas alamedas de Hostalrich. Deslízanse aquí apaciblemente divididas en claros arroyuelos; helas allí en la llanura descujando los árboles é invadiendo los pueblos de sus orillas. Las fuerzas reunidas son siempre temibles.

* Al pié de San Marcial (1) levántase, por fin, el escarpadísimo Matagalls, coronado por una enorme cruz de madera, envuelta casi sin cesar en la neblina. En sus vertientes espantosas, donde ruge el aire entre las ramas del haya y del abeto, cree uno ver al hombre de la naturaleza, á ese hijo del monte que no ha visto más techo que el de su choza y el del cielo, ni conoce más rey que á Dios, ni más guerras que las borrascas y las tempestades, ni más abrigo que los despojos de sus reses, ni más libros que el de una vegetación colosal donde en todas partes está escrito con grandes caracteres el nombre del Creador. Acércate á él, oh viajero, sin temer lo salvaje de su mirada: en los labios de ese hombre adusto, que encontrarás apacentando tranquilamente su rebaño, está la voz de la tradición más popular que anima esas alturas. Le oirás con asombro hablando de Segismundo, el penúltimo rey de Borgoña; de los hijos de Clodoveo, el primer rey de Francia; de Gondebaldo, de Gundemaro, de Clotilde, la vengadora implacable de la muerte de sus hermanos y sus padres. En medio de su entusiasmo te enseñará seguido de sus ovejas, la cueva donde habitó el desgraciado mártir, la fuente de cuyas aguas bebía, el lugar donde reconoció á su padre, el santuario que después de su muerte fué levantado en honor y gloria suya, las ruinas del que fué en otros

(1) Se cree que junto á esta capilla hubo un monasterio de Benedictinos ya á fines del siglo v. (a)

(a) Es esta capilla de estructura románica muy cambiada por sucesivas modificaciones. Junto á ella, y entre unas piedras, se distingue aún un notable capitel que pertenecería á la puerta de la primitiva fábrica.

tiempos hospicio de peregrinos. Si puede tener interés para ti una tradición tan enlazada con la historia de la Francia del siglo vi, bien puedo esperar de ti, oh alma entusiasta, que como no dejarás de oirla con gusto de boca de los pastores, no llevarás tampoco á mal que aquí se te repita en lenguaje más culto y con mejor estilo.

* Segismundo era tan humilde de corazón como noble de nacimiento: era hijo de Gondebando, rey de Borgoña; y lejos de codiciar la corona y la espada de su padre, se estremecía al pensar que aquella había de oprimir sus sienes y ésta había de colgar de su cintura. Deseando evitar tan funesto acontecimiento, resolvió un día abandonar el palacio de sus mayores. «En esa corona y en esa espada, dijo, veo la sangre de mis tíos: perseguidos por esa espada han muerto Gundemaro en una gruta y Chilperico en el fondo de un pozo junto con su mujer y sus dos hijos. La sangre aún humea y pide venganza al cielo. Clotilde la hija de Chilperico, vive; Clodoveo es su esposo; y la sombra sangrienta de su padre arranca aún de su corazón palabras que hacen estremecer los bosques donde vive. Dios es justo: los reyes están sobre los pueblos y Dios sobre los reyes. ¡Oh padre mío! has manchado con un doble fratricidio tu alma y el alma de tu hijo: ¿nada te dice aún el corazón? Yo creo oír la voz del Señor que me dice: huye de un trono levantado sobre cadáveres, porque será devorado por la tierra; deja una espada empañada por la sangre de tus parientes, porque se volverá contra su dueño; arroja lejos de ti una corona usurpada, porque abrasará la sien del que la ciña. ¡Oh padre mío! ¡Á Dios! Un rey superior á ti me manda que vaya á ocultar en la soledad de los montes al hijo del fratricida. Allá depuraré mi espíritu, oraré por mí y por ti, viviré en el dolor hasta que Dios mande á las peñas que recojan mi cadáver, el cadáver del último vástago de una familia que carcome el crimen. Pues quiere el cielo que el sacrificio del hijo salve al padre, sea: tuya es, Señor, mi vida».

* La capa al hombro, el báculo de viaje en la mano, pasa en

silencio Segismundo el umbral del palacio de sus mayores; y al arrojar sobre él su postrer mirada, cree ver las almas de Chilperico y Gondemaro flotando en el espacio bajo las alas de la gigantesca sombra de Clotilde. Despavorido, ciego, huye de la morada del crimen, y cruza de mendigo la Francia. Las nieves del Pirineo no bastan á detener sus pasos: al doblar las cumbres, ábrense á sus ojos despeñaderos profundos; tiembla bajo sus piés el suelo; y á cada paso que da rueda con estrépito el témpano y conmueve el eco de los abismos. El oso sale de su caverna y se adelanta hacia él salvando á saltos los torrentes; al verle aúlla el lobo y las demás fieras le amenazan. Mas él, firme el pié, la mano en el báculo, el pensamiento en Dios, baja á paso lento por la vertiente: cansado de luchar con la naturaleza, descansa; vencido por el sueño, duerme en paz sobre su capa y su sombrero. Atraviesa la Cerdaña y el Ampurdán: no ve santuario donde no suelte al aire su larga cabellera, ni capilla donde no ore, ni basílica donde no doble la rodilla y cubra con su barba el pavimento.

* En su incesante peregrinación llega á los montes de Montseny: se sumerge en sus profundos valles y quebradas, y al llegar á la cumbre de Matagalls, fijos los ojos en el cielo, la rodilla en la tierra, levanta voz y ora por él y por su padre. «Desde estas montañas, dice, la plegaria del pecador va al cielo: las bóvedas de un palacio manchado de sangre la detienen: el aire puro de esos montes la conduce en sus alas sacrosantas. ¡Oh aire que respiro! lleva benigno á Dios la súplica de un hijo desgraciado. ¡Sean estas alturas el trono de mi alma, sus cuevas mi morada, sus peñascos mi mesa, sus árboles mi sombra, sus yerbas mi alimento, sus profundidades mi sepulcro! ¡Sean esas alturas el Calvario donde pueda alcanzar por mi muerte la redención de toda mi familia!»—Tras estas palabras oyóse en el cielo una armonía encantadora, y del fondo de Montseny salieron voces que saludaron á coro á Segismundo.

* La mañana que siguió á la noche en que partió el prínci-

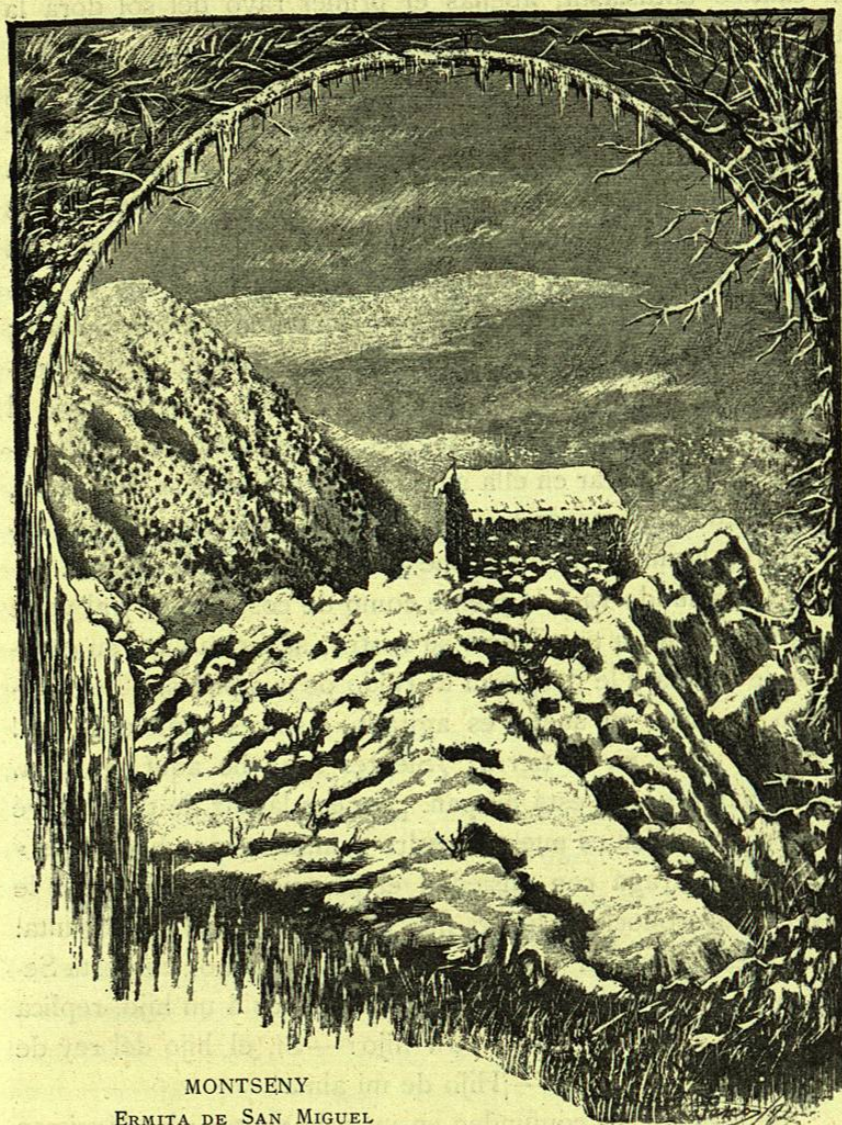
pe, Gondebando aguardaba con impaciencia oír la voz de salud de su hijo. Llega el sol á la mitad del cielo, y no ha visto aún á Segismundo. Pregunta en vano por él: todos los oídos están sordos á su voz, todos los labios están mudos. «¡Dios mío! ¡Dios mío!» exclama: y tirando con violencia de su espada, «véngame, dice, véngame, mi buena espada; no has de volver al cinto hasta que vea saltar á chorros por tu empuñadura la sangre de Clotilde y Clodoveo». — «Cierra tus labios, impío, dice un anciano desde el umbral: he aquí las palabras de tu hijo que anda errante por la tierra: «La voz del remordimiento me ha arrancado de tu palacio: deja la corona de Borgoña; llevas en ella el recuerdo de tu crimen. Cambia como yo el trono por la soledad del desierto; sólo la oración puede lavar las manchas de tu espíritu. En tanto que luchas con tus pasiones para hacer este sacrificio, deja que ruegue por ti tu desventurado hijo Segismundo.» — «¡Oh! replicó el rey: he aquí lo que han hecho de mi hijo las mentirosas palabras de Clotilde. Vosotros, todos los que contempláis mudos é impasibles mi desgracia; id y removed las entrañas de la tierra y arracad de ellas á mi hijo. Temed mi cólera si ninguno de vosotros logra traerle á los ojos de su padre».

* Pasan días y meses y años: Gondebando sigue lamentando en vano la pérdida de Segismundo: Segismundo sigue rogando en vano á Dios para que toque el corazón de Gondebando. Los servidores de Gondebando recorren la tierra de septentrión á mediodía y de oriente á occidente: sondan los abismos de los montes, entran en los bosques más sombríos, penetran con peligro de su vida en las cuevas y en las grutas más horribles. Arrostran el calor, el frío, la fatiga, el hambre, la sed, la muerte: luchan con bandidos, con fieras, con las borrascas y las tempestades. En tan interminable viaje muere uno en las arenas del desierto; busca otro patria donde no le alcance la cólera del príncipe, sucumbe aquél peleando, encuentra éste su tumba en un precipicio; y ninguno puede restituir al hijo á los brazos de su padre. Gondebando, en tanto, fijo en la idea

de hacer exclusivamente suya la Borgoña, invade el territorio del último de sus hermanos, cómplice en su fratricidio; le vence y le pasa sin piedad por el filo de su espada. Lleno de orgullo, no retrocede ni ante las armas de Clodoveo y Teodorico: la embriaguez de la venganza le arroja como una furia entre las armas de los visogodos y los francos; y corona aún el triunfo sus banderas. «¡Oh! exclama él al volver del campo de batalla, he aquí mi trono: ¿dónde está mi hijo?»

* Un águila agita entonces sus alas sobre su cabeza, y vuela hacia el mediodía. Cree ver en este suceso un rayo de esperanza: deja la Borgoña, y parte cubierto aún con el polvo del combate. Hoy tramonta un cerro, mañana otro: de noche, de día camina sin cesar en busca de Segismundo. Alcanza apenas una cumbre, y ve ya al águila sentada en otra cumbre más lejana. Amanece en aquella y anochece en esta. No desmaya, sin embargo; la incontrastable fuerza de su voluntad sostiene en pie su cuerpo; y antes que dar atrás un paso perderá la vida. Llega, por fin, á Montseny: el águila encumbra su vuelo y desaparece entre las nubes.—Recorre con afán el monte, y allá en el fondo de una quebrada ve abiertas las puertas del templo de San Marcial.

* Era la hora en que la noche va recogiendo su manto de tinieblas; y las estrellas, arrojando sus últimos resplandores, parece que están en lucha con la luz del alba: las aves empiezan á desatar sus lenguas, á murmurar las aguas, heladas durante la noche. Gondebando penetra en el templo, y ve pasar á sus ojos las sombras de los monjes de San Benito que van arrodillándose ordenadamente entre las sillas del coro, levantado en alto. Siente tras sí pisadas lentas y débiles; y al volver los ojos, da con los ermitaños del monte, que van entrando en la casa del Señor, oculto entre capuchos el rostro, absorta el alma en la meditación y en la plegaria. Fija con avidez en cada uno de ellos sus miradas; y en todos cree ver las facciones de su hijo. Dentro de poco todo es silencio y recogimiento en el santuario:



MONTSENY
ERMITA DE SAN MIGUEL

todas las rodillas tocan el suelo, todas las frentes miran contra la tierra que oprime aún Gondebando con sus plantas. El rezo unánime de monjes y ermitaños empieza á resonar bajo las bóvedas; y ese rezo, bajo y misterioso en un principio, acaba por

un cántico entusiasta, apenas el primer rayo del sol dora la cumbre de Matagalls.

* Ante esa escena sublime, al oír ese himno de la mañana, acompañado en el exterior por el armonioso concierto de la naturaleza, el alma del rey sucumbe, su cuerpo desfallece y cae. Al crugir de su armadura contra el suelo, todos los ermitaños vuelven hacia él los ojos; sólo Segismundo queda inmóvil en la sombra: tal es el fervor con que ora por su padre.

* Vuelto en sí Gondebando, prorrumpe en ayes lastimeros; y dirigiéndose á Dios, «por fin te reconozco, exclama, estoy vendido; dame ahora á mi hijo.» Sale del templo, se dirige hacia el norte, vence la cumbre de Matagalls, oye el sonido de una fuente, y corre á refrescar en ella sus cansados miembros. Se sienta, apoya el codo en una de las peñas que la circuyen, dobla su cabeza sobre la mano, y se duerme al murmullo de las aguas.

* Segismundo va á la fuente como de costumbre, y al verle se estremece. Mira en silencio su rostro, su armadura, su espada; se le acerca y le despierta al ruido de sus pasos. «Buen caballero, le dice, tu sueño es agitado: ¿sufres también? ¡Ah! ¿quién no sufre en la tierra? ¿Sientes frío? he aquí mi capa. ¿Tienes hambre? ahí está mi pan. ¿Deseas la paz de tu alma? vé allí mi cueva. Dios es nuestro padre común: somos hermanos.» Gondebando traga con ansiedad el pan negro é infeliz que le ofrece el desconocido: luego fijos en él sus ojos le pregunta: ¿quién eres tú que así me tratas?—Tu hermano, contesta Segismundo.—No busco á un hermano, busco á un hijo, replica fuera de sí Gondebando.—¿Un hijo?—Sí, el hijo del rey de Borgoña.—¡Padre mío!—¡Hijo de mi alma!

* Se abrazan, se confunden en un solo cuerpo; las lágrimas bañan el rostro de entrambos. Poco después Gondebando dice con solemnidad á su hijo: «dobleemos la rodilla, Segismundo, y adoremos juntos al Señor. Tu Dios es mi Dios, y á él debemos ese beneficio.» El ermitaño obedece, y luego continúa el padre: Segismundo, tus manos estan puras: vé y levanta en tus sienes

la corona de Borgoña: Gondebando es indigno de ceñirla.—Jamás, jamás, responde el hijo, mi corona está en el cielo.—Segismundo, vé á tu reino; sube al trono de tus mayores.—Tus crímenes han roto la cadena de la sucesión: aquel trono no es ya tuyo ni mío.—Segismundo, hay en Borgoña un pueblo que sufre.—Extiende Dios sobre él su mano.—Sufre por la tiranía de tu padre.—No aumente la vista del hijo su tortura.—Los borgoñones te aman, miran en ti el término de sus males, un ángel de paz enviado por el cielo.—¡Ah!—Sí, Segismundo, porque tú eres el destinado por Dios para reparar las faltas de tu padre. No aguardes á que las venguen mis enemigos: nuestros pueblos participarían de esta venganza.—¡Señor! ¡Señor!—Vé, vé á tu pueblo, sé para él un padre como he sido yo un verdugo: haz que reparadas por tu mano mis injusticias, se abran de nuevo para mí las puertas del cielo. Vé, vé, Segismundo, y haz de la Borgoña el trono de nuestro Dios, del Dios de los cristianos. Arroja á los druidas de la profundidad de los bosques; derriba con tu mano santa sus últimos altares. Haz cortar en forma de cruces sus piedras colosales, ó levantar con ellas templos al Señor del cielo. Oye la voz de Dios, Segismundo; vé á conquistar para él tu pueblo. ¿Quiéres que continúe aún derramando la sangre humana sobre los *dolmens* de la llanura?—No, no, padre mío, ¡cúmplase la voluntad del cielo!

* Segismundo partió, al fin, para Borgoña; y, es fama, que al abandonar su cueva se entrechocaron las rocas, se entenebreció el firmamento, desencadenáronse los huracanes, inclináronse hasta besar el suelo las ramas de las hayas, y la naturaleza entera tembló. ¡Desgraciado Segismundo! Entró en su patria entre víctores y cánticos de triunfo, obtuvo del cielo una esposa tierna y unos hijos bellos como el alba; mas ¡ay! todos estos goces pasajeros no sirvieron sino para hacer más terrible la venganza que contra los crímenes de su padre le tenía reservada Dios por medio de los hijos de Clotilde. Clotilde salió un día de su albergue solitario, pasó á París y dijo á sus tres hijos:

«haced que no deba arrepentirme de la ternura con que os he criado; la injuria que recibí hace treinta años, debe excitar vuestra cólera; vengad la muerte de mi padre y de mi madre.» Los tres hijos juraron á una voz satisfacer sus deseos: partieron para Borgoña, vencieron en una batalla á Segismundo, y arrancándole del convento de San Mauricio de Valais, donde estaba implorando la clemencia del Señor, le precipitaron á un pozo con su esposa y sus dos hijos.

* Después de esa terrible escena resonó en los aires la voz de un espíritu de Dios que dijo: «El crimen está vengado: un justo ha sido dado en holocausto: su alma está en el cielo. Pueblos, adorad al mártir (1).»

* Vistos los lugares en que acaecieron los principales hechos de esta tradición, descienda el viajero por las faldas septentrionales de Montseny, y dirija sus pasos á Gerona. En esta ciudad, donde tantas veces bañaron en sangre sus espadas los godos, los árabes, los normandos y los franceses, están vinculados recuerdos de otro rey de Francia, á quien la historia llama

(1) Los hechos que llevamos referidos de San Segismundo deben ser considerados como de pura tradición: las diversas historias de Francia que hemos consultado, no hablan más que de su reinado en Borgoña y de su muerte á manos de Klodmiro, hijo de Clotilde. El conde de Segur, lejos de confirmar la santidad de nuestro héroe, le pinta orgulloso, déspota, colérico y aborrecido de sus vasallos, atribuyendo á esta última circunstancia la facilidad con que su enemigo penetró en sus estados y pudo vencerle y matarle; otros autores, empero, ya que no hagan mención especial de sus virtudes, refieren que fué uno de los más decididos patrocinadores del monasterio de San Mauricio de Valais, donde se refugió al verse vencido, y de donde le arrancaron los francos para arrojarle en el pozo inmediato á Orleans, en que acabó su vida; añaden, además, que esa muerte violenta hizo que en Borgoña se le adorase como mártir. Como quiera que sea, la tradición sobre este monarca es de las más populares que hay en Cataluña; y hemos creído deber trasladarla, aceptando hasta sus anacronismos. Sabemos bien que es imposible que en aquella época hubiese en San Marcial monjes que profesasen la regla de San Benito, como vulgarmente se cree; lo más que podía entonces haber eran anacoretas sujetos á una manera de vivir más ó menos estrecha, y dependientes de un abad ó superior que les sirviera de preceptor y guía; siguiendo empero la creencia vulgar, hemos hecho ver á Gondebando en San Marcial sombras de monjes que iban entrando en el coro. Creemos que corregir una tradición es adulterarla.

grande, la poesía *gigante*, y algunos pueblos *santo* (1). Aseguran algunos cronistas que Carlomagno vino á rescatarla de poder de moros, que sentó sus reales en la altura inmediata de Rams, que la puso estrecho cerco, que una gran cruz de fuego que vió al anochecer sobre el palacio del rey de los infieles le animó al asalto, que tres días después escaló los muros de la ciudad sin que apenas manchase la sangre sus banderas. La tradición, confirmando lo que la crónica refiere, añade que la catedral fué fundada por el mismo monarca, y da el nombre de *Torre de Carlomagno* á la que pudo sobrevivir á las ruinas de la iglesia bizantina (2). Los antiguos breviarios del obispado señalan aún el día en que se alcanzó aquella gran victoria. El pueblo, la iglesia, la crónica, todo admite, por fin, estos hechos bellos y poéticos; sólo la severidad histórica parece rechazarlos (3).

(1) En el brazo del cadáver de este monarca, que se conserva aún en Aquisgrán, se lee en caracteres del siglo XII: *brachium sancti Caroli Magni*: en Gerona se le adora como tal desde siglos muy remotos (a).

(2) Esta torre, compuesta de seis pisos divididos por cenefas de arcos semicirculares, está en el lado meridional del claustro de la catedral que describimos más adelante.

(3) La venida de Carlomagno á Cataluña es una de las tradiciones más populares del Ampurdán: el labrador más adusto refiere sus hazañas y las de Roldán su primo; así el más anciano como el más joven las cantan al bailar el antiguo *contrapás*, danza animadísima y altamente religiosa, propia y exclusiva de los habitantes de esta comarca. Consérvase aún más viva la tradición en el seno de los montes Pirineos y Ante-Pirineos, donde exaltada la imaginación por la historia de los Doce Pares, aún allí leída y estimada en mucho, cuentan, tanto de Roldán como de Carlomagno, hechos extraordinarios y asombrosos. No está, sin embargo, en apoyo de la voz popular la historia: ni los cronistas coetáneos, ni documento alguno original y auténtico confirman que Carlomagno haya pasado los Pirineos orientales. Pujades, deseoso de probarlo para mayor honra y gloria de su patria, aduce los textos de muchos autores y los de muchas escrituras bastante interesantes; pero ni éstas son más que trasuntos de otras que se asegura ser originales, ni aquellos merecen más fe que las que merecería uno solo de ellos, habiendo copiado unos de otros la mayor parte de las noticias que refieren. Hay más: la misma tradición del Ampurdán está en manifiesta contradicción con otra no menos sabida y algo más acreditada, la de la batalla de Roncesvalles: al paso que ésta supone muerto á Roldán bajo las peñas del Altabizar, aquella le supone vivo después de aquella jornada memorable.

(a) Véase lo que se dice más adelante sobre este particular.